

Afrodita celeste en los templos de cobre

Francisco Bermúdez Guerra

A la memoria de mi mamá y de mi papá.

A mis alumnos.

"Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado."

William Shakespeare

Capítulo 1

Ariadna depositó unas flores sobre el ataúd de su padre. Caminó lentamente, con elegancia; iba vestida de negro, guardando un luto riguroso. Todo quedó en silencio, la concurrencia fijó sus ojos en ella. Ni el Presidente, ni sus ministros se atrevieron a interrumpirla, estaban apesadumbrados y con profunda emoción colocaron su mano derecha sobre el pecho. Había muerto un patriota, el mejor diplomático del país. Su deceso había ocurrido en la China, su automóvil había chocado contra un tractor, y la muerte le llegó de inmediato. Una mujer también murió en el accidente, se trataba de la secretaria personal del Embajador, y también de su amante. Ariadna adoraba a su padre, había seguido todos sus consejos, incluso, el de estudiar diplomacia. Y yo, la amaba a ella. La había conocido meses antes, en la Escuela. Era delgada, de rasgos finos, cabello negro, nariz puntiaguda, y ojos expresivos. Su fisonomía le confería un aspecto elegante. Era inteligente, inteligentísima; rápidamente había logrado el primer lugar dentro del ranking de los mejores alumnos de la clase. Hablaba varios idiomas, y tocaba el piano como nadie. Mi querida Ariadna. En un principio no nos llevamos bien, me pareció una chica muy antipática, orgullosa, y soberbia; interrumpía a los profesores con frecuencia, e incluso los corregía. Era la hija del Embajador, todos estaban pendientes de ella. A diferencia de su familia, la mía era normal, mi padre era gerente bancario y mi madre se desempeñaba como abogada. En cambio, Ariadna parecía moverse en la aristocracia, en los salones de la alta sociedad, en los clubes sociales, en los restaurantes carísimos. Todo cambió un día; ella presumía de manejar su propio automóvil, yo me transportaba en bus, sin embargo, por alguna extraña razón, a la salida de la Escuela, su carro tropezó contra una camioneta que llevaba niños con problema de síndrome de down en su interior. Ariadna iba conduciendo a una velocidad que no se podría considerar como anormal o alta, en cambio, la camioneta sí parecía ir bastante rápido. Se chocaron de frente. No hubo heridos, la cosa no pasó a mayores, pero Ariadna estaba muy nerviosa.

-¿Qué dirá mi mamá?- le preguntaba al asustado conductor de la camioneta-. ¡Tengo permiso para conducir desde hace un año!

Ella batía sus manos en la cara del sujeto. Había como seis niños adentro del otro vehículo, todos parecían estar sorprendidos, ninguno lloraba.

-¡Disculpe señorita, no la vi! ¡Se lo aseguro!- decía el hombre, adentrado en años.

Yo lo había observado todo. Era testigo presencial de primera mano. Me quedé como una estatua mirando el espectáculo, aunque otra gente también lo hizo.

-¿Es estúpido? ¡Invadió mi carril! ¡Yo iba por la derecha, y usted...!

El conductor, quien contaba con una prominente barriga, volvió a su carro y sacó una billetera. Sacó un dinero, aunque no alcancé a detallar el monto. Trató de entregarle los billetes a Ariadna. Ella reaccionó con violencia.

-¿Trata de sobornarme? Fuera de eso, esto no alcanza para arreglar mi carro, imire cómo lo ha dejado!- ella estaba fuera de sí, enardecida, su rostro pálido adquirió una tonalidad rosácea.

El chofer de la camioneta sacó otros billetes y los volvió a ofrecer. Los niños con síndrome de down no reaccionaban, estaban impávidos.

-¡Voy a esperar a la policía!- dijo Ariadna, y empezó a digitar unos números en su teléfono móvil. De pronto, se quedó mirándome fijamente.

-¡Señorita, por favor! ¡No puedo tener problemas con el Tránsito! ¡Necesito este empleo!- dijo el hombre de barriga prominente.

Ella lo ignoró y se acercó hasta el andén para hablar con privacidad. No alcancé a escuchar nada de lo que decía. Ella me estaba dando la espalda. Una vez acabó la conversación, se volteó de repente.

-¿Tú viste todo, no es así?- preguntó, señalándome con un dedo.

Traté de seguir mi camino, pero ella me persiguió y me alcanzó. Se puso delante de mí, como si fuera un obstáculo insalvable.

-Tienes que ayudarme- dijo en voz baja.

No dije nada, solo sentí su olor. Era canela, su cuerpo expedía un olor delicioso, encantador. Ella me miraba a los ojos, pero yo huía de hacerlo también.

-Debo irme, estoy tarde, mi mamá me espera- no supe qué disculpa dar.

-¿Eres de la Escuela, no es cierto? Te he visto en clase- traté de seguir caminando, pero ella me agarró del brazo sin violencia, pero con firmeza.

Yo puse mi mejor cara de patán.

-Es necesario, no sé qué hacer en estos casos- dijo, con amabilidad.

Volví a su olor, era canela, pero mezclado con chicle de yerbabuena.

-Deja que te dé el dinero, el tipo está nervioso.

-¿En serio?- me preguntó a muy poca distancia. Pude ver una pequitas en su cara, que nunca le había detallado.

-Sí, ¿cuánto te ofrece?- Ariadna no me gustaba, yo tenía una pobre imagen de ella. Me parecía arrogante, y creída. Aunque por su aspecto no pasaba desapercibida, ni para mí, ni para otros.

-Como quinientos mil.

Yo miré hacia los carros; el conductor se había cruzado de brazos, y parecía expectante. Estaba al lado de su vehículo. El automóvil de Ariadna se había averiado, aunque no parecía tan grave, solo una bombilla dañada, y una pequeña hendidura en las latas de adelante.

-Recibe el dinero- insistí.

-Acompáñame, por favor- apretó mi antebrazo.

-No sé...- quería salir de allí, pero a la vez estaba encantado con la presencia de Ariadna. Era la primera vez que hablábamos.

-Te lo ruego- utilizó un tono lastimero que me molestó. Después apretó mi mano, cuando yo ya había caminado unos metros.

Hice una mueca de inconformidad con mi boca y me dirigí hasta donde estaba el chofer de la camioneta. El hombre arrugó los ojos como si no viera muy bien.

-Yo lo vi todo, usted invadió el carril derecho. Iba muy rápido fuera de eso.

El conductor trató de reaccionar con ira, pero se contuvo. Luego, caminó como cojeando. Y habló casi gritando.

-Ella venía muy despistada- dijo-. Si hubiera estado pendiente, me hubiera esquivado.

-No lo creo, usted iba como a cien por hora, por lo menos. La policía está por llegar.

Ariadna se ubicó detrás de mí. Sentí su olor muy cerca.

El hombre barrigón se limpió el sudor de la frente con su brazo derecho. Volvió a agarrar la billetera y sacó un dinero.

-Yo sí lo esquivé. Si no fuera así, estaría herida- contestó ella.

El chofer me mostró un dinero. Eran como quinientos mil.

-Esto podría ser más grave. Usted transporta niños, iba muy rápido, e invadió un carril que no le correspondía- ahora fingí ser un respetable perito de la justicia.

-¿Cuánto más? Solo tengo esto- advirtió con notable nerviosismo.

-Doscientos mil más, por lo menos, señor.

El chofer se volteó, miró a los niños, que empezaban a impacientarse.

-Cien mil, no tengo más.

El chofer tenía en sus manos los billetes, me los estaba entregando.

-Me parece bien- me dijo Ariadna en voz baja.

-Bueno. Estamos de acuerdo- tomé los billetes, y se los pasé inmediatamente a mi representada.

Ariadna dobló el dinero, y sin contarlos, lo introdujo en uno de los bolsillos de su jean.

-Todo está bien- dijo ella y caminó hacia su vehículo. El chofer hizo lo mismo. Uno de los niños estaba llorando. Él no hizo nada para calmarlo en ese momento.

Ariadna se sentó en el lugar del chofer, encendió el auto, y se perdió en la calle. Yo quedé parado allí, como un tonto. El tráfico se restableció, y casi fui arrollado por un camión que transportaba gaseosas. La camioneta que llevaba a los niños con síndrome de down también desapareció en cuestión de segundos. Uno de los infantes se despidió de mí, moviendo una de sus manitas.

Ese fue mi primer encuentro personal con Ariadna. Nada romántico, poco cariñoso. Ese episodio reforzó la idea que tenía de ella: era una soberbia, una arrogante. Ni siquiera me dio las gracias por haberla ayudado.

En los días siguientes a aquel evento, ella volvió a su acostumbrada actitud; solo hablaba con algunas personas, corregía a los profesores, y mantenía distancia del resto de la gente.

-Eso te pasa por bobo- opinó Óscar, mi mejor amigo en la Escuela, o mejor dicho, mi único amigo en ese lugar.

-¿Bobo? No tuve alternativa, ella fue muy convincente- dije.

-La flaca te tiene loco hombre, acéptalo, te encanta la princesita.

Óscar era un melómano consumado, se vestía como un rastafari a lo Bob Marley; aunque su cabello rubio, su piel blanca, y sus ojos verdes, no le ayudaban a asemejarse a él completamente. Generalmente, él y yo tomábamos un café entre clase y clase para despertarnos.

-No me gusta. Es que me agarró el brazo y todo, no pude hacer nada.

-Y ni las gracias te dio la bandida, ¡qué hermosura de chica! ¿Ya te decepcionaste de tu amor platónico?

-Te digo que no me gusta. Es demasiado flaca, y pálida...

-Y sensual- Óscar sabía ser sarcástico cuando se lo proponía.

Tenía razón, en mi interior había un conflicto; por un lado ella me gustaba, pero me parecía demasiado estirada, odiosa, y hasta maleducada.

-Ahí está- dijo Óscar, estirando el cuello.

Efectivamente, Ariadna se había sentado justo detrás de mí, dándome la espalda. Iba sola.

La cafetería de la Escuela era inmensa, estaba llena de mesas y sillas, y precisamente ella había escogido ese lugar.

-Dile algo- murmuró mi amigo, con una sonrisa maléfica en su rostro de marihuanero feliz.

-¿Estás loco?- lo decía en serio. No estaba preparado para una humillación tan temprana.

-Ahora o nunca mi querido Antonio- Óscar pasó de sonreír a amenazar.

-Quiero irme- busqué mi maleta en el suelo. La agarré, y estaba a punto de ponerme de pie, cuando sentí que mi silla se desplazaba hacia atrás de forma abrupta. Óscar la había impulsado con sus pies, estirando las piernas por debajo de la mesa. Su fuerza corporal era suficiente para mover la silla y moverme a mí.

Fui a dar contra el espaldar en el que se apoyaba Ariadna. El roce de las sillas generó un ruido particular. El sonido de la vergüenza. Ella volteó a mirar con sorpresa, sin sobresalto alguno. Óscar se tapó la boca, para no carcajearse más. Y yo solo pude hacer lo que debe hacer todo caballero: ruborizarme.

-Excúseme- dije, sin embargo.

Ariadna había dirigido una primera revisión ocasional, casi que automática, pero al escuchar mi voz volteó su cuerpo completamente.

-No hay de qué excusarse- oí que dijo con delicadeza.

Óscar me hizo una señal con las manos; aquella señal que se usa para decir: "continúa". Pero yo ya había acabado. Tomé mi maleta, me puse de pie, y caminé algunos pasos.

-No te di las gracias.

Ariadna habló como si tratara de detenerme con la voz. Supe que se dirigía a mí, y por eso frené en seco.

-¿A qué se refiere?- pregunté mirándola a los ojos. Ella hacía lo mismo.

-A lo del choque del otro día- dijo; retirando con timidez su objetivo visual hacia otro lugar-. No te agradecí.

Ella comenzó la conversación, pero también la estaba acabando.

-No fue nada. ¿Ya arregló el auto?

La muchacha emitió un sonido de afirmación seco. La conversación había concluido.

-Me alegra.

Ella se concentró en un té que estaba bebiendo, y en una revista que ojeaba. Me quedé parado ahí un par de segundos más, que me bastaron para sentirme mal otra vez y para presenciar las señales silenciosas que hacía mi amigo con sus manos. Él quería que yo continuara con la charla.

Era suficiente humillación por ese día. Coloqué la correa que sujetaba mi maleta en mi hombro derecho con más firmeza, y abandoné la cafetería.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

